

Luis Oyarzún

## Salvación en el mar

### I

**S**OLÓ en esta ciudad desierta, siento en mí una ansiedad que recorre mi cuerpo. Me he establecido en un lugar solitario, dominado por el frío de la velada atmósfera. Desde mi ventana contemplo la ciudad, sus empinados techos, las murallas de un rojo sombrío, las ventanas iluminadas que me miran con fatigados ojos desde la distancia acerada de lluvia. Oigo trenes que pasan, trenes cansados que tal vez se internan después bajo la tierra para atravesar el gran río cercano, cansados bajo el peso de las oscuras mercancías que han venido de lejos o que van hacia los puertos sobre las espaldas de los obreros silenciosos y negros. No sé. A esta hora se desangra la tierra. Difícilmente se duerme cubierta por la bruma y no la animan de noche sino los repentinios látigos de luz, las llamaradas eléctricas que a ve-

ces se disparan desde las alambradas aéreas, como un mal sueño de este dulce animal que descansa.

A mi alrededor se alza esta húmeda ciudad. Vivo frente a un pequeño parque, que sólo he visto en la orfandad del invierno, transido en la escarcha del césped, o agitado por la elocuencia de los desamparados cuando el viento sacude el obstáculo imprevisto de los árboles. Escucho el rumor de estas colinas pobladas por miles de casas y de hombres. Campanas debilitadas por la difícil travesía a través de las calles, balbuceo de máquinas, voces perdidas de niños, alguna vez el canto del yunque en un taller o llamadas de mujeres que trabajan en habitaciones estrechas, mientras los hombres están lejos, en los muelles, en barrios apartados, en sus fábricas que nunca descansan y en donde sólo se oye el deslizamiento de la electricidad o del vapor sobre el cálido acero que sabe responderles.

## II

¿Quién soy sino unos ojos que contemplan estas oleadas implacables que me envuelven, que a veces me rechazan como si ya fuera un intruso en su mundo, esta lluvia deshecha sobre los hombres, este viento que truena al lado de mi buhardilla suspendida sobre un jardín sin flores? ¿Quién soy sino unos ojos cansados de mirar esta carrera de los elementos que va más allá de todos los alcances de mi previsión? No hay para

mí recreo ni enseñanza. Miro al césped que cubre a la tierra como una piel herida en estos días de granizo y nieve. De súbito descubro, desde mi ventana, allá lejos, en un extremo del jardín, cortando valerosa el aire desatado, en medio de las hojas que el viento desarregla, una rosa movida por un helado soplo, desafiando a la muerte invernal sobre su frágil tallo dormido. El cielo ha velado por ella, el cielo preservó su blancura, pero el invierno entra también a sus arterias y ciegamente apaga su derrame de fuego. Ella no es más que una ligera oscilación en el péndulo de la muerte, un suspiro de vida que no puede alimentarme. Pero, ¿qué he de hacer sino entregarme a la ley de las cosas? Ser como ellas una luz pasajera y destruído regresar a las moradas oscuras. En el nocturno origen de mi vida hay un imán de esclavitud que pesa sobre cada mirada como el otoño sobre los pétalos de la rosa marchita. Sólo puede alumbrarme un tiempo esta lámpara de aceites indecisos. Mas, esa muerte que vive en mi respiración, que cuenta los latidos de mi sangre, que anota en su libro mis estremecimientos y que se ríe de mí cuando canto, esa muda esposa que jamás me abandona, ¿forma parte de mí? Por destruirla quisiera aniquilar esta perfida ciudad que veo, pulverizar los árboles irrespirables, huir al fin de este sueño fatal. Sólo amo las implacables depredaciones del temible señor que precipita las fuerzas de la naturaleza, da límite a sus formas y preside el ritual de las tempestades, mientras la satisfacción ondula en llamas

en su pecho imbatido. Pero El no está conmigo. ¡Cómo hablarte, Señor, si no eres Tú la llama que calcina mi mano! Cómo pensar contigo, juntar contigo mis párpados, cómo podría mi nariz respirarte. Ser como Tú el que gira y aumenta sin fin. Cómo escuchar tus tambores salvajes. Cómo encontrar un arma de alegría monstruosa, cómo dispararla hacia adentro y transformar la bala en ojo, ser el agua de tus canales infalibles, soplar en ese cuerno que hace temblar de felicidad a los despojos inertes. Cómo dar un salto mortal y sostenerse sin apoyo ninguno, cómo beber en las propias venas el líquido transfigurador y no correr en busca de los contravenenos, cómo reconocerte en el preciso instante en que eres visible.

Me dejaré llevar por el sueño. ¿No sentís las voces desconocidas de la noche? Nada comprendo de ellas. La soledad devora mi sangre. Recorro este palacio abandonado y el ruido de mis pasos es ahogado por el grito del mar. Llamo hasta que mi voz se agota, pero no sé a quién llamo. Nadie responde. Solo en mi estancia, miro temblando el fuego enloquecido del hogar. Giran los mundos y su movimiento tiene un nombre que las campanas repiten sobre el mar. ¿Cuál es ese nombre? ¿Qué son las cordilleras y las selvas y los pájaros de la serranía?

Solo estoy, solo en esta ciudad desierta, como un animal que hubiera sobrevivido a la extinción de su especie, oculto por la sombra de unas grandes pirámides, heredero de una desdicha cuyas palabras fue-

ron borradas y olvidadas, encadenado en el centro de una hoguera sin nombre y sin fin que se extiende por las llanuras acariciando mortalmente a los cuerpos que yacen, abrumado por la imprevista furia que arrebata a las cosas y con ella misma hirviendo en mi corazón. Me arrastra el irresistible deseo de mi muerte, bañado por la angustia que en la noche cae de las estrellas ígneas, perdido entre mis hermanos, enemigo de mí y enemigo de lo creado, solo.

### III

Lleno de ansiedad, recorrido por un escalofrío que me inclina hacia adentro de mí, me olvido de las criaturas que huyen de mis ojos y destruyen cruelmente su visión. En la noche me entrego a otro destino.

Disueltas en mi sangre con un peso que me obliga a bajar a través de mí mismo, se deslizan las horas de mi sueño. Más allá de sus resistentes orillas, mi conciencia dormida escucha esa música que brota de laúdes y cuernos olvidados. ¿Quién los toca? ¿Quién toca esta música que conozco e ignoro? Ahora soy un huésped de mí mismo y dejo atrás las campiñas deshabitadas. Cierro los ojos. Me interno por una tórrida comarca que creo haber visitado alguna vez. Atravesando las candentes aguas que brotan de la tierra, mi cuerpo se hunde en las profundidades viscosas, entre las plantas sumergidas cuya conciencia fulgura en mí como un corazón que hubieran injertado en mi cuerpo. Por todas

partes está la noche, la noche sin el nombre que busco. Extraviado en las aguas que bajan, rindo culto a una deidad que me abraza como una muerte calurosa y muda, entre las nubes que me asedian en círculos tan próximos que se confunden conmigo. En el sueño de mi inteligencia un gran poder se agrega al mío. El oro y los metales se desbordan de las entrañas de la roca y empujados por miles de años invaden la planicie y hacen nacer desde mis huesos frenética alegría. Mi sangre se apresura bajo el empuje de sentimientos ajenos u olvidados, mi sangre despeñada que penetra en las desarraigadas plantas que una corriente incontenible arrasta. Empapado en el seno de las ondas espesas, soy un naufrago que no puede luchar, pero mi felicidad elemental es infinitamente más placentera que mi espíritu. No trato de comprender. Este es un día que se alimenta de mí y en mí comienza. En torno mío los pájaros desaparecieron, robados por la virtud de su canto. Soy libre. Mi muerte no tiene ya un nombre. No tienen nombre estos labios del sol que beso a ciegas.

## IV

Mas, ¿no podré mirar esta ciudad desierta con una vista pura? ¿No existe también un cielo independiente de los sueños? Miro hacia el jardín. Ha salido el sol que baña el césped. Descubro una estatua perdida entre los arbustos. Iluminada veo su faz de mármol, ilu-

minada e insensible, sin destino, dormida en un eterno equilibrio de proporciones fijas, mientras brotan y mueren a su alrededor las agrupaciones vegetales. La noble forma humana me pasma. Somos semejantes y enemigos. Velada con la virtud de quien no quiere perecer ni cambiar, la estatua fría, transida por la lucidez de una hermosura que jamás existió, es como la imagen engañosa de mí mismo. Pues, ¿no es ella también corruptible materia, vida inmóvil que devora sus propias entrañas sin que la inmovilidad pueda salvarla de la temida ruina? ¿No está en la agitación que me consume el principio de toda eternidad? Eternidad cambiante, muerte continua, impura eternidad que se opone al vacío. Aun en medio de infortunios, nada me impide ser el soberano fugaz que se instala en usurpado trono sobre el desgaste de las cosas, con móvil constancia. Cae la nieve sobre las montañas y yo puedo respirar su llamarada blanca. La respiración hace entrar en mi cuerpo un soplo de los cielos. ¡Oh, mis sentidos te tocan, resbaloso misterio que me arrastras en infinita carrera por tu frente, mientras la suelta espuma azota los sepulcros! ¡Qué más, qué más, fortuna máxima, si me abrazo contigo en la profundidad de mi pecho, respirado designio, nacimiento absoluto! ¿Quién se levanta como resucitado entre los cielos y mi alma? ¿No me he olvidado por fin? ¿No es mi vida la misma que más allá de mí crea esa rosa y la marchita, la misma que reúne y dispersa a los pájaros, la que silba entre los árboles, la que pone las hojas y

las pisotea en el otoño? ¿No puedo acaso transponer este balcón desierto?

Con suprema alegría entro en el mar. ¿Sentís el fiero ardor del mineral divino que desgarra su cuerpo en los acantilados y lo vuelve a juntar en su agitado retroceso? Amo esa seguridad con que el mar se decapita y salva, la cólera de su boca transfigurada de pronto en campo de nieve vertiginosa. ¡Oh, sin memoria él baila y su vigilia es sueño! Escucho el canto que la crecida arranca de los arrecifes, clamor de un astro ciego bajo un cielo vidente, ese astro de las aguas devorado por su propio poder.